

EL FARAÓN, LOS DIOS Y EL ORDEN DEL MUNDO

Ildfonso Robledo Casanova

Licenciado en Derecho

Diplomado en Historia de Egipto

En el antiguo Egipto las creencias acerca de la naturaleza del faraón no se mantuvieron inmutables sino que registraron diferencias en las distintas etapas históricas, sobre todo en los tiempos de crisis producidas por alborotos internos o invasiones. No obstante, en general, se puede afirmar que los egipcios pensaron que su rey era la única persona que se podía relacionar directamente con el mundo celeste. De algún modo, tuvieron la creencia de que los demás hombres, incluidos los sacerdotes, no podían intermediar ante las divinidades de la manera en que podía hacerlo el faraón, y es que los egipcios pensaban que lo que podríamos llamar "oficio de rey" tenía un componente divino que trascendía del propio hombre que en cada momento lo desempeñaba. El faraón era un hombre, pero su actuación estaba envuelta en un aura divina que los textos antiguos suelen enfatizar identificándolo, mientras vivía, con el dios solar Horus, del que era hijo, en tanto que cuando fallecía era asimilado con Osiris. Todo sugiere que era el momento de la coronación el que revestía una especial transcendencia en relación con la divinidad del rey, ya que ese era el momento en el que pasaba a ser un hombre que a partir de entonces iba a desempeñar el papel de un dios. De algún modo, en el faraón se unían dos imágenes, de un lado, su personalidad temporal, de otro, su función divina, intemporal. El faraón, dotado desde la coronación de esa doble naturaleza, se manifestaba ante los egipcios revestido de una sacralidad divina cuya función era la de garantizar el orden del cosmos y del mundo creado.

En este sentido podemos afirmar que el rey, en la soledad de su divinidad, asumía una gran responsabilidad, ya que estaba obligado a mantener la Maat, es decir el orden justo que era propio de todo lo que había sido creado. Él era el único que podía comunicarse con los dioses y era él quien sustentaba el orden cósmico y terrenal. Era su obligación conseguir que todo funcionase tal y como había sido establecido por el Dios Primigenio en el momento de la creación. Su tarea en la tierra era que todo se mantuviera tal y como era en el Tiempo Primero, por ese motivo cuando el rey fallecía, hasta que era coronado su sucesor, existía un tiempo de interregno en que el mundo estaba amenazado por

el caos, que los egipcios personificaban en Seth, el asesino de Osiris. Durante ese periodo de tiempo existía el peligro de que con el triunfo del caos todo volviera a ser como había sido antes de la creación. Solo con la coronación del nuevo hijo de Horus se conseguía que la Maat fuera restablecida.

Los egipcios pensaban que la dualidad era la esencia de la vida y la simbolizaban en las aguas del Nilo que brindaban su crecida anual trayendo la irrigación y la vida a las gentes y que suponían la antítesis de las arenas del desierto, que materializaban la esterilidad y la muerte. Esa dualidad se manifestaba en la existencia de la Tierra Negra (Egipto, el valle del Nilo) y la Tierra Roja (el desierto que envolvía y amenazaba a la primera). Ante esta dualidad de la existencia el faraón venía a ser el paladín en la lucha contra el caos y el desorden. Solo gracias a él podía ser vencido lo estéril. Era él quien había de garantizar la vida de los hombres, evitando que con el triunfo del caos el país quedara sumido en el hambre, el sufrimiento y la enfermedad.

Para los egipcios la función del rey era doble, de un lado debía mantener el equilibrio en Egipto, asegurando que todas las amenazas fueran vencidas, de otro, debía mantener el equilibrio en el cosmos, colaborando con la esfera celeste, donde habitan las divinidades.

EL ORIGEN DE LA MONARQUÍA

En un antiquísimo mito egipcio, el mito de la Vaca Celeste, se afirma que Ra, el Dios Primigenio, simbolizado por el sol, que era quien había creado al resto de los dioses, al mundo y a los hombres, en cierto momento se encontró cansado. Ra era el ser supremo del cosmos pero lo cierto es que los hombres estaban de continuo conjurándose contra él, de modo que llegó un momento en que consideró que su creación no había sido buena y decidió exterminar a la humanidad. Para ello pidió ayuda a su hija Hathor, que se aplicó con tanta diligencia a masacrar a los hombres que el propio dios, finalmente, no pudo sino apiadarse, ordenando que la matanza cesara. Fue entonces, tras este episodio de enfrentamiento con la humanidad, cuando el gran dios decidió abandonar la tierra y retornar al cielo, dejando abandonados a su suerte a los hombres que se habían salvado.



Narmer (faraón de la dinastía 0) está golpeando con su maza a un enemigo al que sujeta por el pelo. Paleta procedente de Hieracómpolis.

Es en ese tiempo mítico, cuando Ra decidió retornar al cielo, cuando surgió en Egipto la figura del rey. Por las noticias que nos ha transmitido Manetón sabemos que los primeros reyes fueron dioses (Shu, Geb, Osiris, Horus...) y luego, ya en tiempos históricos, surgiría un hombre, Menes, que fue el primer faraón de origen humano. Menes fue quien unificó Egipto y desde entonces sus sucesores hubieron de dedicar sus esfuerzos tanto a controlar la riqueza y el comercio del país como a ordenar que se ejecutaran los ritos religiosos que eran necesarios para ello, articulados en estos primeros tiempos históricos en el centro ceremonial de Hieracómpolis.

En otro mito, el de Horus y Seth, se nos narra el enfrentamiento entre Horus, hijo de Osiris, y su tío Seth, que había asesinado a Osiris. En este mito, que parece que recuerda antiguos enfrentamientos predinásticos, resultan de especial interés las noticias que nos transmite acerca de que quién habrá de ser el rey de Egipto, en este caso Horus, que es el pretendiente a la corona, para conseguir alcanzar sus pretensiones debe ser legitimado por los dioses y ser coronado. Aquí reposaría la fundamentación de la creencia de que en el momento en que los reyes, al igual que había sucedido con

Horus, eran investidos como sucesores legítimos del faraón fallecido, era cuando el orden y el equilibrio eran restablecidos en Egipto.

EL TIEMPO PRIMERO

Para entender la concepción que los egipcios tenían del mundo es preciso remitirnos a lo que ellos llamaban el Tiempo Primero, que vendría a ser un tiempo sagrado, intemporal, que habría existido antes del tiempo tal y como nosotros lo conocemos. En ese tiempo primigenio es cuando se habría producido el paso de la no existencia, simbolizada por Num, el abismo de aguas insondables, a la existencia. Fue entonces cuando Atum-Ra, el gran dios, tomó conciencia de sí mismo y dio comienzo a la creación de los dioses y de todo lo que existe. Para los egipcios, ese Tiempo Primero sería el tiempo de Dios, de los dioses y de las relaciones arquetípicas que existen entre ellos. Sería el reino de los mitos y de las imágenes simbólicas. En palabras de Jeremy Naydler toda la mitología egipcia, desde el despertar de Atum a la vindicación de Horus y la redención de Osiris, se habría desarrollado en el Tiempo Primero.

Ese momento vendría a ser la Edad de Oro que precedió a la existencia de los hombres, que con ellos habrían de traer la rabia, el clamor y la disensión. Nuevamente en palabras de Naydler: "Esto no significa que los acontecimientos míticos del Tiempo Primero sean todos imágenes de armonía y de paz; el antagonismo y el conflicto pueden también estar presentes, pero sólo para resolverse eternamente en el orden, la justicia y la verdad. Los últimos prevalecen siempre en el Tiempo Primero, mientras que en el tiempo mundano no se puede garantizar esa resolución en el orden, la justicia y la verdad."

En este contexto de creencias, pensaban los egipcios que el Dios Primigenio, del que todo había surgido, era quien se ocupaba de que las criaturas pudieran vivir y desarrollarse en el mundo que él había creado. En su Tiempo Primero el mundo era perfecto. Todo estaba en el equilibrio que Atum había deseado. En los Textos de los Sarcófagos, en el Monólogo del Señor Universal, encontramos el reflejo de lo que para los egipcios sería lo más importante de la creación. Esto, precisamente, era a lo que el faraón debía aplicar sus esfuerzos. Su misión era que el caos, el desorden y la injusticia nunca se establecieran en Egipto. Veamos cuales son las cuatro cosas que Atum habría establecido antes de manifestarse en el horizonte y en nuestro mundo terreno. Nos dice ese texto:

*“He creado los cuatro vientos,
para que todo el mundo pueda respirar en su entorno.
Eso es una de esas cosas.*

*He creado la gran inundación,
para que tanto el pobre como el rico se beneficien de ella.
Esta es una de esas cosas.*

*He creado a todo el mundo igual a sus semejantes
y no he ordenado que cometieran injusticia.
Pero sus corazones han violado lo que yo ordené.
Eso es una de esas cosas.*

*He hecho que sus corazones no olviden el Oeste.
Para que les sean hechos sacrificios a los dioses de los
nomos.
Esta es una de esas cosas.”*

En este texto encontramos todo aquello que los egipcios estimaban como realmente importante. En primer lugar, el aliento de la vida, sostén del ka de los seres creados. Sin él la existencia no sería posible. Como segundo regalo otorgado por el creador se habla del fenómeno natural de la crecida de las aguas del Nilo, y es que los egipcios, como habría de decir Herodoto, eran conscientes de que su país era un don del Nilo.

Se nos habla a continuación del deseo de Atum de que la justicia impere en el mundo, algo que los hombres no siempre persiguen y cuya violación el propio creador denuncia. Finalmente, se menciona la necesidad de que los corazones de los hombres no se olviden de que su existencia en la tierra está limitada en el tiempo y que es en el reino del Oeste, en el más allá, donde tras la muerte habrán de encontrar una vida inmortal, asimilados a las divinidades.

Pues bien, estas cuatro “cosas” que Atum estableció en el Tiempo Primero son precisamente las que el faraón debe esforzarse para que estén afianzadas en el valle del Nilo: el aliento de la vida, los alimentos, la igualdad y la justicia entre los hombres, y la veneración al mundo de los muertos y de los dioses. Y estas ideas sobre lo más importante de la creación se relacionan con el concepto que los egipcios tenían acerca de Maat, que era el elemento esencial en su concepción del mundo. El faraón era el símbolo terreno de Maat. Debía vencer cada uno de los días las amenazas del caos y la injusticia. El Dios primigenio había establecido la Maat en el mundo creado en el Tiempo Primero. Era función del rey conseguir ahora, en el tiempo en que le había tocado vivir, que la Maat estuviera presente en Egipto, y es que Maat, hija de Atum-Ra, venía a ser la substancia misma del Tiempo Primero. Gracias a ella, la creación no había sido algo caótico. Con Maat se estableció en el mundo el orden divino, frente al anterior desorden que había sido propio del Num. En sintonía

con esta creencia, pensaban los egipcios que las divinidades debían ser alimentadas de la substancia de Maat y esta era, por tanto, una de las funciones de las que era responsable el faraón, que debía ocuparse de que en los templos del país todos y cada uno de los dioses fuesen nutridos, a través de ritos específicos, con la ofrenda de Maat. Solo así podían las divinidades actuar de una manera armoniosa y respetuosa con el Tiempo Primero. Todo debía estar en armonía con Maat: los planetas, las estaciones, la naturaleza, las criaturas. En el Tiempo Primero ya comentamos que las fuerzas inductoras del desorden, que también existían, estaban sometidas. En el mundo temporal, sin embargo, no había certeza de que esto se produjera, motivo por el que la Maat debía ser restablecida cada día por el faraón. En este sentido, los egipcios eran conscientes de que su país había vivido momentos de crisis, como es el caso de lo que nosotros conocemos como Primer Período Intermedio, en que había reinado la injusticia y el desorden. Las gentes habían contemplado entonces como los templos eran abandonados y los misterios eran divulgados. Algo similar ocurrió en tiempos de la herejía de Akenaton, cuando las tradiciones religiosas fueron destruidas. A la muerte del hereje, Tutankamon hubo de ocuparse de restaurar la Maat. Recordemos lo que dice la Estela de la Restauración:

*“Tutankamon expulsó el desorden de las Dos Tierras,
y estableció firmemente la Maat en su lugar;
hizo de la mentira una abominación,
y fue como si el país estuviera en el Tiempo Primero.”*

Veamos en este mismo sentido lo que nos ha transmitido el canto que celebraba la llegada del faraón Merneptah:

*“¡Regocíjate, tierra, por entero!
El buen tiempo ha llegado.
El Señor ha aparecido en todos los países
y Maat ha regresado a su sitio.”*

En suma, pensaban los hombres del valle del Nilo que el mundo temporal o profano en que vivían estaba fuera del mundo divino y eterno del Tiempo Primero. El mundo terreno tendía al desorden y al caos por lo que debía ser alimentado de continuo con la substancia de Maat. Esta era la gran función del rey: conseguir que el mundo temporal actuara en sintonía con lo que había sido establecido en el Tiempo Primero. Atum-Ra, simbolizado por el sol, brillaba en ese tiempo, en tanto que el faraón debía brillar del mismo modo cuando se manifestaba en Egipto, por lo que se le aplicaban ritos diarios en que era lavado y purificado con incienso y natrón. El rey debía renacer simbólicamente en cada nuevo amanecer. Tras la noche, debía resurgir del Num y convertirse en Horus Del Horizonte. El faraón, proyectado gracias a los ritos al Tiempo Primero, era la representación de Ra en la tierra.



Triada de Micerinos (dinastía IV). El faraón está flanqueado por la diosa Hathor y por la personificación femenina del nomo cinopolita.

CULTO A LOS DIOS Y A LOS MUERTOS

Los antiguos egipcios creían que los dioses aman a los hombres, pero eran conscientes de que no todo en ellos era benevolencia sino que las divinidades estaban también revestidas de una faceta negativa que podía resultar muy peligrosa para la humanidad, de modo que los hombres amaban a los dioses pero también los temían. En Egipto siempre había un temor latente al poder divino y era a través del culto como se hacía posible que el hombre quedase protegido ante las posibles amenazas que las divinidades podían representar. Los ritos religiosos, impregnados de magia, permitían eliminar el lado peligroso de los dioses y esa tarea de ejecutar en cada momento los ritos era una labor que estaba asignada de un modo concreto al rey. En el Himno a Ra podemos leer:

*“Ra ha situado en su sitio al rey
sobre la tierra de los vivos
para siempre y por toda la eternidad
de modo que juzgue a los hombres
y satisfaga a los dioses,
para que se haga Maat...”*

El rey, en su misión de contribuir a que Maat estuviera establecida en Egipto tenía que velar cada día para que las divinidades, en sus actuaciones, estuvieran impregnadas de Maat, lo que se conseguía gracias a los ritos que se celebraban en los templos, que eran la casa en la tierra de los dioses, de los que el faraón era el responsable, si bien por motivos obvios eran los sacerdotes los que por delegación habían de llevarlos a cabo en la práctica diaria. Es una constante en la decoración de los templos encontrar que es siempre el rey el que aparece representado como oficiante de los cultos. Sólo él puede entregar la Maat a las divinidades. Sólo él es el intermediario entre cada dios y los humanos. Los sacerdotes, magos sagrados formados en las Casas de la Vida de los templos, nunca actuaban en cuanto hombres sino como representantes del faraón.

Siendo el faraón el intermediario único entre los dioses y los hombres no debe causarnos extrañeza que los egipcios pensaran que la divinidad, cuando deseaba manifestar su voluntad a los humanos, lo hiciera expresándose a través del rey, usualmente durante el sueño o en lo que llamamos estados de duermevela. Así, en la Estela del Sueño, se nos dice que al que habría de ser Thutmosis IV, en ese momento un príncipe:

“le tomó la torpeza del sueño, en el momento en que el sol estaba en el cenit. Él se apercibió entonces que la majestad de este dios augusto (Ra) le hablaba, por su propia boca, como un padre habla a su hijo...”

En lo que conocemos como Estela de la Restauración, de Tutankhamón, se nos habla de las desgracias que se habían producido en tiempos de Akhenatón, cuando los dioses de Egipto fueron proscritos y prohibidos sus cultos:

“Cuando se majestad (Tutankhamón) subió al trono, los templos de los dioses y diosas, desde Elefantina hasta los marjales del Delta (...) estaban a punto de caer en el olvido; sus templos comenzaban a desaparecer y convertirse en montones de escombros cubiertos de maleza, y sus salas con las imágenes del culto estaban como si nunca hubiesen existido, sus naves convertidas en caminos de paso. Así, el país fue azotado por una enfermedad y los dioses volvieron la espalda a estas tierras. Cuando se enviaron soldados a Siria para ampliar las fronteras de Egipto, no obtuvieron ningún éxito. Si alguien alzaba una plegaria a un dios y le pedía algo, no recibía nada. Igualmente, si se invocaba a una diosa, esta tampoco acudía. Sus corazones se habían debilitado en sus cuerpos, y destruyeron lo creado...”

El rey, además de su responsabilidad en el cuidado de los cultos a los dioses en los templos tenía también que ocuparse de los cultos funerarios de los difuntos. En este sentido, en las tumbas lo usual es que exista una fórmula de ofrendas en la que se indica que estas han sido dadas por el rey. Veamos uno de ellas, la del cantante Neferhotep:

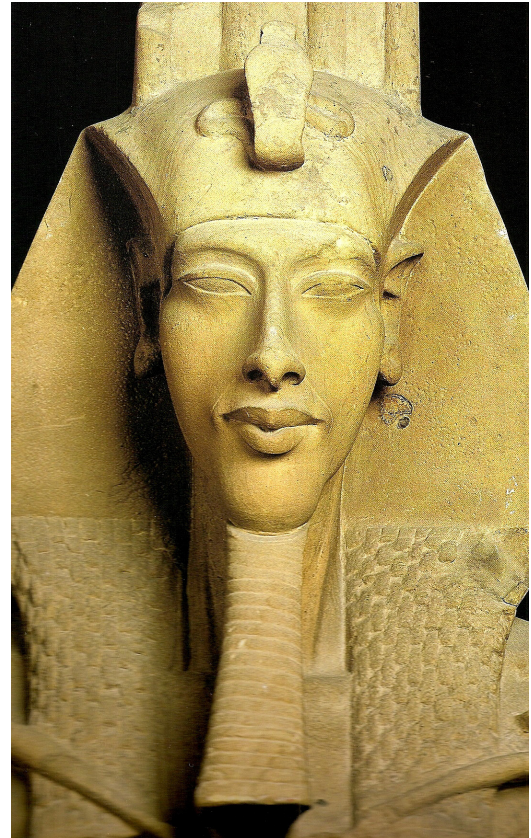
*“Una ofrenda que el rey hace
a Osiris, señor de Abydos,
y a Horus, hijo de Isis,
que puedan hacer ofrendas de pan, cerveza,
carne de ternera y aves,
vasijas de alabastro y lino
y cualquier bien y elemento puro
para el ka del cantante Neferhotep,
de voz verdadera (sin pecado),
procedente del hogar de Henu...”*

Gracias a la magia, las fórmulas de ofrendas que se esculpían en las tumbas pasaban a tener un componente de realidad. Se trataba de ofrendas que gracias a la magia de la palabra habrían de convertirse en realidades, ya que los egipcios creían que los textos, al ser leídos, se transformaban en la realidad que se había leído, es decir, que el ka del difunto habría de recibir esas ofrendas cuando alguien leyera las fórmulas. Ese alguien eran los sacerdotes funerarios, que actuaban al igual que los sacerdotes de los templos en cuanto representantes del faraón. Es decir, que este, a la postre, era realmente el garante de los difuntos, ya que era él quien gracias a su poder mágico habría de aprovisionar de alimentos al ka de quienes habían fallecido.

CORONACIÓN Y RENOVACIÓN DEL REY

La coronación de un nuevo faraón revestía una importancia especial, ya que era el momento en que quien hasta entonces había sido un simple mortal pasaba a ser asimilado a una divinidad, convirtiéndose en el intermediario entre los dioses y los hombres, entre el Reino del Cielo y el mundo terreno. Esa importancia del faraón se aprecia en los relieves, en los que lo usual es que sea reproducido a un tamaño inferior al de los dioses pero superior al de los humanos. Desde el momento de la coronación, el hasta entonces príncipe pasaba a ser algo más que un hombre. Su naturaleza estaba ahora próxima a la de quienes habitaban en la esfera celeste.

Los actos rituales de la coronación se iniciaban al amanecer, cuando Ra se manifiesta en el cielo, con diversas abluciones y unciones destinadas a purificar al que habría de ser nuevo rey, que debía estar simbólicamente puro. Seguidamente, ya en el templo, que en tiempos de los reinos Antiguo y Medio era el templo de Ra en Heliópolis y posteriormente, en el reino Nuevo, en el de Amón en Karnak, el rey era amantado ritualmente por alguna diosa y a continuación se le imponían la corona roja, símbolo del Bajo Egipto, y la blanca, representación del Alto Egipto. Con la cabeza coronada con las dos coronas quedaba simbolizada la unión de las dos tierras del valle del Nilo.



Representación de Amenofis IV (dinastía XVIII) en una estatua colosal procedente del templo de Atón en Karnak.

Proseguía el acto con diversos rituales en los que el monarca recibía los símbolos de su autoridad: el cetro was, el cetro sekhem, una maza de combate, el cetro heqa y el cetro nekhekh. Seguidamente se daban lectura a sus nombres de coronación, que eran cinco y que expresaban de modo verbal la ideología y las intenciones del nuevo rey:

- Nombre de Horus, en cuanto encarnación del hijo de Osiris.*
- Nombre de las Dos Señoras, que eran las dos diosas que simbolizaban el Alto y el Bajo Egipto: Nekhbet, diosa buitre, y Wadjet, diosa serpiente.*
- Nombre de Oro, símbolo de la divinidad del rey.*
- Nombre del Junco y la Abeja, otro símbolo de la dualidad de Egipto.*
- Nombre de hijo de Ra, que lo vinculaba al dios primigenio.*

Ultimados los rituales de la coronación el rey pasaba a asimilarse al disco solar que ilumina a los hombres y aleja la oscuridad de la tierra. Con el nuevo faraón proclamado, el mundo volvía a instaurarse en el Tiempo Primero, como aquel tiempo lejano en que todo había sido creado de acuerdo con la voluntad divina. Comenzaba un nuevo ciclo para la historia de Egipto. Un tiempo renovado empezaba ahora a computar.



Tutankamón (dinastía XVIII), que luce el tocado nemes, porta en sus manos dos símbolos de la realeza: En la mano derecha, el fragelo. En la izquierda, el cetro heka.

Diversas historias conservadas en las inscripciones de los templos nos dicen que era frecuente que el rey, incluso desde antes de nacer, cuando estaba en el vientre de su madre, hubiese sido ya elegido por la divinidad para que algún día rigiera los destinos del país. Este es el caso de Hatshepsut, de la que las inscripciones de su templo funerario en Deir el-Bahari nos dicen que había sido engendrada por el propio Amón, que para ello habría tomado la apariencia de Tutmosis I y habría yacido con la reina Ahmosis. Historias parecidas podemos citarlas para Amenofis III en su templo de Luxor o para Ramsés II en el Ramesseum.

Veamos lo que nos narran, acerca de Tutmosis III, los textos del templo de Amón en Karnak. Vemos en ellos que cuando era un niño, Amón lo designó para el trono, de modo que la monarquía se justifica en este caso en la propia elección divina. En el texto, el rey no duda en presentarse como hijo del dios:

“Yo soy su hijo (de Amón). Él me encomendó permanecer sobre su trono cuando yo era aún como aquel que está en su nido. Me ha engendrado con la semilla de su deseo... sin que hubiera mentira ni desorden allí.”

Y prosigue:

“Desde que mi majestad era un niño, cuando yo era un pequeño, en su templo, y yo aun no había accedido al rango de sacerdote, ya tenía el aspecto y la imagen de un Pilar de su Madre, igual que el Horus niño, rey del Alto Egipto.”

Y respecto a la elección de Amón:

“He aquí que él abre para mi las Puertas del Cielo, y me franquea la entrada en el horizonte. Cuando me elevo hasta el cielo, como un halcón divino, contemplo su imagen secreta que está en el cielo, y rindo adoración a su majestad... Yo he visto las formas de Aquel que Está en los Dos Horizontes, en sus caminos ocultos en el cielo...”

Tutmosis ha sido provisto de los honores de un dios. Ha conocido la esencia, oculta a los humanos, de Amón y se ha convertido en una divinidad, y es que tras ser coronado, el rey pasaba a ser infalible, perfecto y debía actuar siempre de acuerdo a la Regla de Maat. Nunca podía rendirse a la fatiga. No podía sentirse cansado. Tenía que cumplir siempre, en todo momento, de modo adecuado con su función divina. Este es el motivo de que a los treinta años de la coronación, para regenerar las fuerzas místicas del rey, se celebrara el acto del jubileo, lo que los egipcios llamaban Festival Sed. Con él se pretendía asegurar que la potencia del monarca se conservara en un estado adecuado para la función tan importante que tenía que desarrollar día tras día.

Los orígenes del Festival Sed se remontan, al menos, a la I dinastía, es decir, se hunden en los orígenes de la historia de Egipto. Es posible que en los primeros momentos, en la prehistoria, el rey anciano, al quedar incapacitado para gobernar, fuese realmente sacrificado. En todo caso, lo propio del Sed es que ahora se producía la muerte simbólica del rey, que era amortajado, y que posteriormente volvía a la vida, tras diversos rituales, y tomaba posesión de nuevo de la Doble Tierra.

Los aspectos más destacados del Festival Sed vendrían a ser, según Parra Ortiz, los siguientes:

- Se reunían las estatuas de todos los dioses de Egipto, cada una de ellas colocada en un santuario, a un lado los del Alto Egipto, al otro los del Bajo Egipto. El espacio se conocía como Patio de los Grandes.
- En un extremo del patio se colocaba una plataforma con dos baldaquines, cada uno con su trono.
- En los actos rituales, el faraón vestía diversos atavíos: una cuerda a la cintura, con una funda para el pene; un faldellín con una cola de animal colgando atrás; un faldellín con peto; un sudario o capa que envolvía su cuerpo en los momentos de la muerte ritual, cuando era asimilado a Osiris.
- Las estatuas de los dioses eran procesionadas, seguidas por la corte y por el rey en palenquín.

- En días sucesivos, el rey iba visitando a las diversas divinidades, a las que llevaba ofrendas.
- Se repetía la ceremonia de la coronación y se imponía de nuevo al faraón la doble corona.
- Los dignatarios y funcionarios desfilaban ante el rey, al que rendían pleitesía.
- Un momento especial era una carrera ceremonial que tenía que realizar el rey por un patio abierto, que simbolizaba la tierra de Egipto. En cierto momento, el monarca disparaba flechas en las direcciones de los cuatro puntos cardinales.

Una vez que el Festival Sed terminaba, el rey quedaba investido mágicamente de toda su potencia, de modo que estaba asegurado que iba a seguir rigiendo los destinos del país de acuerdo a la Regla de Maat. Una vez celebrado el primer jubileo, y hasta que llegará el momento de la muerte del faraón, lo usual es que volviera a celebrarse, ahora cada tres años.

Cuando se producía el momento fatal de la muerte del faraón, los egipcios eran conscientes de que había llegado un momento de peligro, ya que Maat estaba ausente y el equilibrio del mundo podía tambalearse. El heredero era ahora el símbolo del orden. Otra vez, de nuevo, Horus iba a suceder a Osiris. Cuando llegará el momento de la coronación del sucesor, el monarca difunto, "sentado ya en el trono de Ra, en su lugar", habría de contemplarlo complacido.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, JAMES P. (1989): "La Cosmología de los Textos de las Pirámides" (en Yale Egyptological Studies 3, Religión and Philosophy in Ancient Egypt). Versión española en Internet, de R. M. Thode, en <http://www.egiptologia.org>
- ASSMANN, J. (1995): "Egipto a la luz de la teoría pluralista". Madrid.
- BAINES, John Y MALEK, Jaromir (1992): "Egipto. Dioses, templos y faraones". Madrid.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y otros. (1995): "Faraones y pirámides". Madrid.
- BRESCIANI, Edda (2001): "A orillas del Nilo. Egipto en tiempos de los faraones". Barcelona.
- BRIER, Bob (2008): "Los misterios del antiguo Egipto". Barcelona.
- BUDGE, E.A.W. (2005): "La magia egipcia". Barcelona.
- BUDGE, E.A.W. (2006): "Ideas de los egipcios sobre el más allá". Barcelona.
- CABANAS, Antonio (2006): "Los secretos de Osiris". Madrid.
- CALVO MARTÍNEZ, José y Sánchez Romero, M. Dolores (1987): "Textos de magia en papiros griegos". Madrid.
- CANTÚ, G. (2002): "Misterios esotéricos del Antiguo Egipto". Barcelona.
- CASHFORD, Jules (2009): "El mito de Osiris. Los misterios de Abidos". Gerona.
- CASTEL, Elisa (1999): "Egipto. Signos y símbolos de lo sagrado". Madrid.
- CASTEL, Elisa (1998): "Los Sacerdotes en el Antiguo Egipto". Madrid.
- CASTEL, Elisa (1995): "Diccionario de Mitología Egipcia". Madrid.
- DAUMAS, F. (2000): "La civilización del Egipto faraónico". Barcelona.
- DAVID, R. (2003): "Religión y magia en el Antiguo Egipto". Barcelona.
- DESROCHES, Christiane (2005): "Símbolos de Egipto". Barcelona.
- DESROCHES, Christiane (2006): "La herencia del antiguo Egipto". Barcelona.
- DÍAZ RIVAS, Helena (2009): "Horus, el huérfano". (Trabajos de Egiptología, 5/1 – Actas del III Congreso Ibérico de Egiptología). Tenerife.
- DRIOTONY VANDIER (1973): "Historia de Egipto". Buenos Aires.
- FLETCHER, Joann (2002): "Egipto: el libro de la vida y la muerte". Barcelona.
- FRANKFORT, Henri (1976): "Reyes y dioses. Estudio de la religión del Oriente Próximo en la Antigüedad en tanto que integración de la sociedad y la naturaleza". Madrid.
- FRANKFORT, Henri (1998): "La religión del antiguo Egipto". Barcelona.
- GAHLIN, Lucía (2007): "Egipto. Dioses, mitos y religión". Madrid.
- GROS DE BELER (1998): "Mitología egipcia". París.
- GROS DE BELER (2001): "Los faraones". París.
- HAGEN, Rose-Marie y Rainer (2004): "Egipto. Hombres, dioses y faraones". Colonia.

- HERÓDOTO (1992): "Historia (Libros I-II)". Traducción y notas de Carlos Schrader. Madrid.
- HORNUNG, E. (1999): "El Uno y los Múltiples. Concepciones egipcias de la divinidad". Madrid.
- HUSSON Y VALBELLE (1998): "Instituciones de Egipto". Madrid.
- JACQ, C. (1999): "El saber mágico en el Antiguo Egipto". Barcelona.
- JACQ, C. (1999): "La sabiduría viva del Antiguo Egipto". Barcelona.
- JACQ, C. (2001): "Poder y sabiduría en el Antiguo Egipto". Barcelona.
- JANOT, Francis (2009): "Momias reales. La inmortalidad en el antiguo Egipto". Madrid.
- KEMP, B.J. (1992): "El antiguo Egipto. Anatomía de una civilización". Barcelona.
- LALOUETTE, C. (2000): "La sabiduría semítica. Del antiguo Egipto hasta el Islam". Madrid.
- LARA PEINADO, F. (1991): "El Egipto faraónico". Madrid.
- LARA PEINADO, F. (1993): "Libro de los Muertos". Edición y notas. Madrid.
- LEFEBVRE, G. (2003): "Mitos y cuentos egipcios de la época faraónica". Madrid.
- LÓPEZ, F. y THODE, R. (2003): "Los Textos de las Pirámides". Versión española en Internet de la obra de Faulkner, R.O., en <http://www.egiptologia.org>
- LÓPEZ, Jesús (2005): "Cuentos y fábulas del Antiguo Egipto". Barcelona.
- MARTÍN VALENTÍN, F.J. (2002): "Los magos del antiguo Egipto". Madrid.
- MARTOS, José Ángel y otros (2007): "Faraón". Madrid.
- MAX MÜLLER, F. (1996): "Mitología egipcia". Barcelona.
- MONTET, Pierre (1990). "La vida cotidiana en Egipto en tiempos de los Ramsés". Madrid.
- MURRAY, M.A. (2005): "Leyendas del antiguo Egipto". Barcelona.
- NAYDLER, J. (2003): "El templo del cosmos. La experiencia de lo sagrado en el Egipto antiguo". Madrid.
- PARRA ORTIZ, José Miguel (2003): "Gentes del Valle del Nilo". Madrid.
- PARRA ORTIZ, José Miguel y otros (2008): "Egipto. El culto a la muerte junto al río de la vida". Madrid.
- PARRA ORTIZ, José Miguel, coord. (2009): "El antiguo Egipto. Sociedad, economía y política". Madrid.
- PÉREZ LARGACHA, Antonio (2004): "La vida en el antiguo Egipto". Madrid.
- PIRENNE, J. (1971): "Historia de la civilización del antiguo Egipto". Barcelona.
- PIULATS RIU, Octavi (2006): "Egiptología. Relectura del Mito al Logos". Barcelona.
- PLUTARCO (1997): "Isis y Osiris". Edición de Mario Meunier. Barcelona.
- PRESEDO, F.J. (1988): "A la sombra de la esfinge". Madrid.
- QUIRKE, S. (2003): "La religión del Antiguo Egipto". Madrid.
- QUIRKE, S. (2003): "Ra, el dios del Sol". Madrid.
- REDFORD, D.B. (2003): "Hablan los dioses. Diccionario de religión egipcia". Barcelona.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2004): "Maat: El hombre y el orden del mundo en el antiguo Egipto" (Historia 16, número 336). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2004): "La magia de la palabra en Egipto" (Revista de Arqueología, número 281). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2005): "El Faraón y las estrellas. Los mundos del Más Allá en los Textos de las Pirámides" (Revista de Arqueología, número 292). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2005): "Los misterios de los egipcios. El hombre, sus componentes y el Más Allá" (Historia 16, número 356). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2007): "Heka y Maat: los egipcios y la creación" (Revista de Arqueología, número 309). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2007): "Textos mágicos egipcios" (Historia 16, número 373). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2008): "Magos y demonios en la antigüedad" (Historia 16, número 381). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2011): "El Dios Primigenio de los faraones" (Revista de Arqueología, número 364). Madrid.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2013): "Plegarias y amenazas a los dioses en el Egipto de los faraones" (Arte, Arqueología e Historia, número 19). Córdoba.
- ROBLEDO CASANOVA, I. (2013): "Hombres, espíritus y magia en Egipto" (Adalid, número 4). Bujalance, Córdoba.
- ROMÁN, María Teresa (2004): "Sabidurías orientales de la Antigüedad". Madrid.
- SCHULZ, REGINE y otros (2004): "Egipto, el mundo de los faraones". Colonia.
- SERRANO, J.M. (1993): "Textos para la historia antigua de Egipto". Madrid.
- SILIOTTI, Alberto (2005): "Egipto". Barcelona.
- TYLDESLEY, Joyce (2011): "Mitos y leyendas del antiguo Egipto". Barcelona.
- Varios autores (2005): "Faraón". Madrid.
- VIDAL, C. (1994): "La sabiduría del antiguo Egipto". Madrid.
- WILDUNG, D. (2004): "Egipto, de la Prehistoria a los romanos". Colonia.
- WILKINSON, Richard H. (2003): "Magia y símbolo en el arte egipcio". Madrid.
- WILKINSON, Richard H. (2004): "Cómo leer el arte egipcio". Barcelona.